



EN POCAS PALABRAS

Chus García-Fraile “Reclamar más visibilidad femenina es democracia”

Tras su apariencia desenfadada, la obra multidisciplinar de Chus García-Fraile (Madrid, 1965) contiene una potente crítica a la deriva consumista de la sociedad. La sala El Brocense de Cáceres alberga su exposición *Mundo material* hasta el 24 de octubre.

¿Cómo se ha adaptado su mirada de artista a la evolución de la sociedad de consumo? La mirada se adapta evolutivamente y, sorpresivamente, es el objeto o el tema el que llama la atención sobre mí, no al revés.

¿Cuándo supo que se dedicaría al arte? Desde pequeña me pasaba las horas dibujando, siempre tuve claro a lo que me quería dedicar.

¿Qué obra de arte ajena le habría gustado crear? *La civilización occidental y cristiana*, de León Ferrari.

¿Con qué tres adjetivos definiría su obra? Arte pop, multidisciplinar, irónico.

¿Qué es lo más bonito que le han dicho sobre su trabajo? Lo más bonito es cuando he escuchado a niños decir que les encantan mis obras.

¿Y lo más extravagante? ¡Que pensaban que la autoría era de un hombre!

¿Qué ha aprendido del mundo del arte que no se pueda aprender en un libro? Los entresijos de cómo funciona realmente el mundo del arte, el postre máximo y también la precariedad en nuestras condiciones de trabajo. Somos trabajadores por cuenta ajena, pero sin contratos a la gran mayoría, ¡con lo que eso implica! También resaltar que las mujeres aún estamos muy lejos de la paridad en cuanto a cuota en la representación en galerías y por tanto en ferias, no superando el 20%-25%. Reclamar más visibilidad no es feminismo, ¡es democracia!

¿Qué libro tiene abierto en la mesilla de noche? *Contra la publicidad. Arte y apropiación publicitaria en España en el siglo XXI*, de Ana García Alarcón.

¿Uno que no pudo terminar? ¡El *Quijote*!

¿Cuál es la película que más veces ha visto? *El guateque*, de Billy Wilder.

¿La última serie que vio del tigrón? *Juego de tronos*.

¿Qué está socialmente sobrevalorado? El postre.

¿Cuál es el suceso histórico que más admira? La civilización minoica.

De no haber sido artista sería... Diseñadora de moda, interiorista, peluquera... Algo que tuviera que ver con el color, el volumen, la armonía, etcétera.*

TRIBUNA LIBRE / ÉRIC VUILLARD

Una historia con otro lenguaje

Este es un libro que cuenta una historia que nadie había contado hasta ahora. El librito, sereno y apasionado a la vez, es *Diario de un peón*, de Thierry Metz. Narra, día a día, el trabajo de los más pobres, el trabajo más duro, el de un peón. Pero este libro, único en su especie, es a la vez crónica y poema. En cierto modo, es un milagro, ya que, en principio, un hombre que trabaja siete u ocho horas al día en una obra, cargando sacos de cemento, descargando bloques de hormigón y cavando zanjas, no tiene ni tiempo ni oportunidad para escribir. A veces lo vemos trabajando de lejos, en la calle o al borde de la carretera. Reconocemos su silueta, pero no sabemos nada de su existencia ni de sus cualidades interiores. Y es que, desde la noche de los tiempos, la escritura ha sido el privilegio de unos pocos, un pequeño grupo de escribas, hombres de letras.

Thierry Metz es un poeta francés contemporáneo; murió en 1997, a los 40 años. Era hijo de un repartidor parisense. En casa de sus padres no había un solo libro. Tampoco había dinero. Thierry Metz bregó toda su vida como peón, jornalero, trabajador agrícola y albañil. Se mataba a trabajar y, durante los periodos de desempleo, escribía.

Y nos ha legado, entre otros, este libro sereno y apasionado a la vez, *Diario de un peón*, que relata en un lenguaje nuevo, encendido y conciso lo que nadie había relatado antes. Y es una de las obras más logradas y admirables jamás escritas. Arthur Rimbaud escribió en un momento de rebeldía: “Siento horror por todos los oficios”. Thierry Metz no sentía horror por su oficio. No lo idealizaba, sino que expresaba toda su crudeza en una prosa densa y clara. Sabía perfectamente que era prescindible, que le utilizaban, que utilizaban a los obreros; era consciente del desequilibrio de su situación y no pretendía escapar de los condicionantes sociales escribiendo. Pero por mucho que le disgustara el materialismo vulgar, pese a la dureza del trabajo y de la injusticia social, no se olvidaba del sol, ni del áspero mango de la herramienta, ni del profundo silencio de sus compañeros, ni de la intensidad del más repetitivo de los trabajos, el inmenso esfuerzo realizado por el mayor número de personas desde tiempos inmemoriales y que constituye el motor esencial de la historia de la humanidad. Así, desde el prosaísmo infinito de sus obras, Thierry Metz descubrió una forma de susurrarnos, en un lenguaje modesto pero altivo, meditativo y concreto, el enigma de nuestra condición: “Me gusta pensar que tal vez, un día, un dios sin nombre se sentará sobre este pequeño montículo de tierra, ocupará su lugar en la tumba iluminada por mis acciones, con las palabras de uso cotidiano, simples pajarillos. Descansará un instante y luego volverá a lo que está sucediendo, en los desiertos donde están los hombres y sus obras. ¡Viernes!. Ese será su nombre”.

En este breve pasaje de *Diario de un peón*, se ve enseguida por qué Thierry Metz no podía contentarse con ser un simple narrador; habría traicionado su vocación de poeta, habría debido quemar las fórmulas del lenguaje que le había salvado; pero tampoco podía ser solo poeta, habría tenido que olvidar a los suyos, los albañiles y porteadores que, desde Mesopotamia, trajinan en las obras del mundo. Y por eso tuvo que elevar el lenguaje a un punto de equilibrio al que nadie lo había llevado antes que él: tuvo que escribir a la vez un poema y un relato, sin separar el uno del otro, sin dejar nunca que el relato cayera junto al saco de cemento, y sin dejar nunca que el poema volara con los pajarillos. Era necesario que las dos partituras se convirtieran en una, que las contradicciones de la vida social se fundieran en la escritura, y que el dolor del esfuerzo redundara un poco en la belleza del mundo.

Pero le costó caro, demasiado caro, un precio muy alto, querer seguir viviendo entre los suyos, en un mundo de polvo y ladrillos, de sed y dolor, y buscar, en esta dura estancia, el oro del tiempo. Hace falta un esfuerzo incommensurable, es una tarea imposible; pero la tenaz determinación de Thierry Metz nos ha dejado un libro único, tristemente único, en el que un joven fornido, lleno de esperanza, de palabras, de fuerza y también de tristeza, ha intentado decirnos a gritos, pero en un lenguaje muy dulce y hermoso, a través de la dureza del trabajo, de la desigualdad de condiciones y de la modestia de los salarios, hasta qué punto las palabras de cada día y de cada uno son poesía, y cómo el esfuerzo o el hastío, mediante una transubstanciación muy real, transforman el cemento, el golpe del pico, la jornada de trabajo, en pan, pan de verdad. Pero por el camino, el jefe saca tajada; y la poesía, ¿qué saca?

“ Metz nos dice cómo el esfuerzo transforma el cemento, el golpe del pico, la jornada de trabajo, en pan, pan de verdad ”
“ Descubrió una forma de susurrarnos, en un lenguaje modesto pero altivo, meditativo, el enigma de nuestra condición ”

Éric Vuillard, escritor y cineasta, ganó el Premio Goncourt en 2017 por su novela *‘El orden del día’*.

‘Diario de un peón’. Thierry Metz. Traducción de Vanesa García Cazoria. Periférica, 2023. 128 páginas. 15 euros.

Traducción del texto de News Clips.

LA CURVA DE LA SEMANA

